Padre y Rey

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

PADRE Y REY.

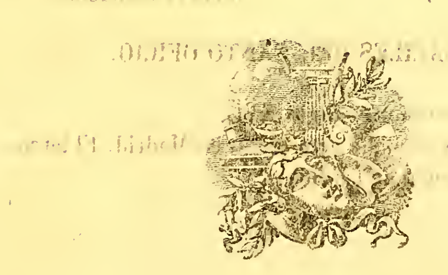
PADRE Y REY,

DRAMA HISTORICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Representado por primera vez en el Teatro del Príncipe el dia 7 de Marzo de 1859.



MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

calle de Pelayo, núm. 26.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA ESTRELLA DE CÁRDENAS, 18 años. . .	Doña Fernanda Valentini.
FELIPE II, 41 años. . .	Don Antonio Pizarroso.
DON CÁRLOS, PRÍNCIPE DE ASTURIAS, 22 años.	Fernando Osorio.
AGUSTIN CISNEROS, 30 años.	Emilio Mario.
DON JUAN DE CARDONA, 24 años.	José Olona.
GUTIERREZ, 60 años. .	Gerónimo Sunyé.
UN FAMILIAR DEL SANTO OFICIO.	Eduardo Molina.
DIEGUEZ.	Ramon Benedí.
SANTOYO.	B. Chas de la Motte.
SILVESTRE.	Julian Rodriguez.

ALGUACILES DEL SANTO OFICIO.

Época de la accion.—Siglo XVI.

El primero y segundo acto pasan en Madrid. El tercero, cerca del pueblo de las Rozas.

AGTO PRIMERO.

Habitacion en el meson de Italia: paredes blancas y desnudas: al fondo una puerta, por la que se vé un corredor con barandilla de madera, que se supone dá sobre un patio: puertas laterales: sobre la de la derecha hay un número 2, sobre la de la izquierda un número 3. Á la derecha una mesa; tras la mesa una silla: sobre la mesa un velon de los llamados de Lucena, papel y tintero.

ESCENA PRIMERA.

DIEGUEZ, *sentado á la mesa, escribiendo en un cuaderno.*

DIEG. Cuenta del número 15, cien reales. Estos canónigos son gente que saben vivir: gozan de cuanto Dios crió... y yo tengo para mí que Dios hizo el mundo para los canónigos... Pues no, el oidor del 13 no lo hace mal... sesenta reales: pero por aquí asoman el bachiller Lampiña y el alferez Récio: dos reales cada cual y en deuda: á la calle con las letras y las armas... Un doblon Marí-Paz, la comedianta, número 3. Qué dolor de moza!... hospedada en el meson de Italia, como si dijéramos en las gradas de San Felipe; y tan hermosa... tan jóven... Dios haga que no se pierda; digo, si no es que se haya perdido ya. Ese Agustin Cisneros, que la anda á las vueltas... pero, y á mí qué se me dá? Y ella es honrada, eso sí... Sumemos: doscientos treinta y tres reales. . salvo error... Están los tiempos muy malos... Pero ¿qué ruido es ese?

ESCENA II.

DIEGUEZ.—SILVESTRE.—EL REY.—SANTOYO.

SILV. Que no hán de pasar, digo: hacéos atrás.

SANT. Quitad de ahí, buen hombre.

DIEG. Qué escándalo es este!... Calla! Silvestre contra dos embozados! Silvestre! Silvestre! eh! qué es eso?

SILV. Pues no lo veis, maese? (*Apareciendo y con él el Rey y Santoyo.*) Estos dos embozados quieren aposentarse en el meson por fuero y fuerza.

SANT. Somos dos hidalgos buenos.

DIEG. Y cómo hemos de verlo si vuestras mercedes no se descubren?

REY. Buen hombre, dadnos aposento, y dejáos de más.

SILV. Si fuérais honrados, os descubriríais.

REY. Dad posada al tribunal de la Inquisicion.

DIEG. El santo Oficio en mi casa!... Perdonen vuestras señorías... vuestras señorías pasen... Quién habia de creer?... Silvestre, hijo, al momento: un velon al número dos... es el único cuarto que me queda... Vuestras señorías...

SANT. Eh! que estais muy hablador...

DIEG. Pero por la pasion de nuestro señor Jesucristo... yo soy cristiano viejo y honrado.

REY. Lo verémos. Me vais á responder con verdad á cuanto os pregunte?

DIEG. Diré lo que sepa, señor.

REY. Teneis hospedada una comedianta?

DIEG. Sí señor; pero es una comedianta muy buena cristiana y muy honrada: no murmura, no blasfema, no gasta conversacion con los hombres, y es dura como una peña en lo tocante á la honestidad, y eso que hay quien anda tras ella, y quien la quiere, y quien la envia regalos, que ella no toma.

REY. Y quién es el que la solicita?

DIEG. Quién ha de ser, más que el famoso comediante Agustin Cisneros, que como debeis saber,

priva mucho con el señor príncipe don Cárlos? Pero en lo que toca á la Mari-Paz, se engaña, se estrella.

REY. Se llama Mari-Paz esa comedianta?

DIEG. Sí señor... y es famosa... Por su fama la ha traido á Madrid Cisneros, y mañana á la tarde representa en el corral de la Pacheca.

REY. (Se llàma Mari-Paz! Pues te has equivocado, Sebastian, de todo punto.)

SANT. (Ello dirá, señor.)

REY. Dónde tiene su habitacion esa comedianta?

DIEG. Aqui mismo, señor; á la izquierda, el número tres.

REY. Bien, idos: y tened en memoria que si decís á alma viviente que estamos aqui... os exponeis á morir.

DIEG. Callaré, callaré como un muerto, señor.

REY. Idos.

DIEG. Dios guarde á vuestras señorías. *(Váse.)*

ESCENA III.

EL REY.—SANTOYO.

REY. Por San Lorenzo mi patron, que no quiero convencerme de que es verdad lo que me has dicho, Santoyo. Ella comedianta! Ella trabajando para el vulgo! Ella acechada por ese vil comediante!... No: no puede quererlo eso Dios: seria un castigo demasiado cruel para mí: seria envenenar el recuerdo que aun conservo.

SANT. La encontré de repente delante de mi, señor, tan hermosa, tan altiva, tan honesta, como fué hermosa, altiva y honrada su madre; no, no me he equivocado, es la viva imágen de doña Elvira. Pregunté y me dijeron que era comedianta. Creí, señor, que debia...

REY. Y yo tambien he creido que, atropellando por todo, debia venir: pero sentiria que un acaso cualquiera me descubriese; que pudiesen verme aqui... y suenan pasos... Entrémos, Sebastian,

y silencio.—Por las rendijas de esa puerta podemos ver y escuchar. (*Vánse.*)

ESCENA IV.

CISNEROS.—GUTIERREZ, *por el fondo.*

GUTIER. Os digo y os repito, señor Agustin, que no adelantareis nada; la conozco bien; no se ha de volver atrás de su empeño.

CISNER. Pero ese empeño es descabellado, increible: si el mundo la hiciera probar sus amarguras, si la tratase con rigor la fortuna, comprenderia esa extraña determinacion de meterse en un convento. Pero ella! ¡ella, á quien llaman el prodigio de la escena! ¡ella, que ciñe á su frente los laureles que la arroja el público!... Es incomprensible: aqui debe haber misterios, amores...

GUTIER. Como la estais viendo con vos, la he visto con todos, y no es la primera noble y principal persona que la ha ofrecido su mano. Sin embargo, ella, á pesar de mis consejos, se ha obstinado en ser monja.

CISNER. Pues poco he de poder, ó muero, ó muere ella, ó se vuelve del revés el mundo, ó es mia Mari-Paz: os lo juro.

GUTIER. No busqueis empeños, que el que los busca no es raro que dé en loco.

CISNER. En loco!... ¡como si pudiese estarlo más! Desengañáos, Gutierrez: ó me convierte Mari-Paz amándome, y me hace juicioso y mirador de lo que me conviene, ó ya que soy medio diablo, me transforma por completo en Lucifer.

GUTIER. Y si ella amára á alguno?

CISNER. Si amára á alguno, eh! Si amára... con una buena estocada se sale del paso.

GUTIER. Eh! quién piensa en estocadas?... es más barato olvidar.

CISNER. Olvidar!... Sois vos, vos, que sabeis cuánto vale, el que me pide que la olvide!... Haberla visto y olvidarla es imposible.

GUTIER. Tendreis que olvidarla ó renunciar á ella cuando entre en el convento.

CISNER. Es que no entrará.

GUTIER. Y quién ha de impedirlo?

CISNER. Quién?—Solo la he oido una vez recitar unos versos de Miguel de Cervantes; y aunque es muy duro el tal cuando hace versos, hablados por ella, Gutierrez, los versos de Cervantes son miel... Tengo confianza en su triunfo, una confianza ciega. Cuando la vea el vulgo en medio de la escena, cuando absorto con su hermosura, con su acento, con esa cosa incomprensible que hay en todo lo que hace: cuando ella, en el silencio profundísimo del público, vea el buen agüero de su triunfo: cuando luego estallen los aplausos y los bravos, y caigan á sus piés flores y joyas... Ella no ha trabajado nunca en la córte... vos, que sabeis lo que son esos triunfos, Gutierrez, sabeis tambien lo que enorgullecen, que hay momentos en que nos alzamos sobre el mundo, sobre todo lo que nos rodea, y vemos á nuestros piés á la multitud, á los hombres tamañitos como hormigas.

GUTIER. Vanidad de vanidades! Los aplausos, las coronas son para Mari-Paz oropel, y nada más que oropel.

CISNER. Querreis decir que no tiene corazon?

GUTIER. Pues porque corazon tiene, y lleno de grandeza y virtudes; porque vale más que vos y que yo, y que muchos; porque tiene en el corazon dolores y misterios, que nunca he procurado saber, ni tiene vanidad, ni repara en los adoradores que la cercan, ni el mundo con todos sus homenages logra ensoberbecerla. Trabaja para su dote de monja.

CISNER. Extraña manera de entrar en el claustro... pasando por el teatro!

GUTIER. Pues ved ahí: ella dice que es bueno cualquier camino, si conduce al bien.

CISNER. Pues cuenta con los tropiezos.

GUTIER. Mirad vos no tropecis.

CISNER. Ya tropecé, y fué con ella.

GUTIER. Dios os dé fuerzas.

CISNER. Amen.—Pero hablemos de nuestro asunto; del

asunto por que venís á tratar con ella: de la funcion de mañana.

GUTIER. La funcion! una sola funcion!.. Pero en qué piensa? Dar una sola funcion, cuando todo el mundo la espera impaciente; cuando muchos se quedarán sin verla!

CISNER. Con los trescientos ducados que la dais por ella, está completo su dote, y de aqui á pasado mañana, al convento.

GUTIER. Es que yo no puedo darla trescientos ducados por una sola funcion: ya sabeis que hay que pagar á la Villa, á la Pacheca, á la cofradía de las Ánimas, á los músicos, á la tramoya, á medio mundo; y si trabajara siquiera tres veces...

CISNER. Entremos, entremos, y arregláos, si podeis, con ella. Yo en eso nada tengo que ver. (*Entran por la puerta izquierda.*)

ESCENA V.

D. JUAN.—DIEGUEZ *por el fondo.*

DIEG. Os digo y os repito, señor capitan, que me pesa no poderos dar aposento: tengo llena la casa hasta el pajar.

D. JUAN. Aqui hay cuanto necesito: pluma, papel y tintero. Tendreis quien lleve una carta con gran prisa y secreto á una persona, que vive en la córte?

DIEG. Y quién es esa persona?

D. JUAN. El comediante Cisneros.

DIEG. Ah! pues no hay necesidad de que la lleve nadie: vos mismo podeis dársela.

D. JUAN. Eh! qué decís?

DIEG. No he querido ofenderos, señor; solo he querido deciros, que vos mismo podeis ver á ese comediante, si os aguardais á que salga de ese aposento, donde hace un instante que ha entrado.

D. JUAN. Vive en la posada?

DIEG. No, no señor; pero, segun pienso, anda en tratos con una doncella andante, que vive en ese

aposento, con una dama de comedias, que se llama Mari-Paz, y yo tengo para mi que debia llamarse por hermosa, Mari-Estrella. Si no quereis aguardar, puedo pasarle un recado.

D. JUAN. No, no: puesto que decís que está en ese aposento, y que tiene que salir, prefiero aguardarle. Idos.

DIEG. No me mandais nada más?

D. JUAN. Que os vayais.

DIEG. Dios guarde á vuesa merced. (Vaya si son singulares y si traen humos los huéspedes esta noche! Ya tenemos inquisidores, y soldados, y cómicos: solo faltan escribanos y estudiantes.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON JUAN.

Por más que doy vueltas al encargo que me han dado, no sé qué pensar de él; cuando toco estos pliegos, me pesan en las manos; parece que me las queman, y quisiera saber lo que contienen: una voz secreta, misteriosa, me dice que estos pliegos guardan mil desdichas. Y sin embargo, cumpliré mi comision: el Duque ha hecho confianza de mi, he nacido noble; suceda lo que quiera, estos pliegos llegarán á su destino.—Despues de haber andado por mar y tierra y sin descanso, me encuentro en Madrid y á punto de dar cumplimiento á mi comision: malo ha de ser que no pueda dedicar despues quince dias á mis asuntos propios: si consigo verme libre, me planto en Valladolid, busco á mi Estrella, averiguo por qué en todo un año no ha contestado á mis cartas... Si la encontrase mudada!... Bien pudiera ser... las mujeres son como la luna, que se mudan y crecen, y menguan... Ella en España, en Flandes yo... la ausencia... y ella tan hermosa... con un hermano codicioso y pobre... Pero bah! hace algun tiempo que de todo pienso mal... es imposible que ella me haya olvidado...

son sospechas de los celos con que lucho... los celos!... y de qué!... Esperemos y no supongamos. En saliendo ese bribon de Cisneros... Pero calla! música! y es en el cuarto de la comedianta! Oigamos.

(Canta Estrella dentro.)

El amor es el fuego
que alumbra al alma
cuando en dos corazones
prende su llama;
y es negro humo
cuando tan solo siente
sus penas uno.

Oh! esa voz!.. yo conozco esa voz... Es ella! Bah! delirios de mi deseo: me parece sentirla, oirla por todas partes... pero no puede ser ella... esa que ha cantado es una comedianta... No, no puede ser. Y sin embargo, esa voz tan pura, que de una manera tal ha penetrado en mi alma... Si fuese ella... Y pudiera ser... todo es posible en el mundo... Y bien, á qué dudar, cuando solo hay de por medio una puerta? Yo puedo verlo, lo veré. *(Se dirige á la puerta de la izquierda; al llegar á ella se abre; sale Cisneros y tropieza rudamente con D. Juan.)*

ESCENA VII.

DON JUAN.—CISNEROS.—*Poco despues* GUTIERREZ.

CISNER. Vive Dios! estais ciego? Por qué no decis hombre va?

D. JUAN. Y qué se me dá de vos? Ea, quitaos de delante, que estorbais.

CISNER. Ah! descortesías tenemos?

GUTIER. Qué es eso, señor Cisneros?

D. JUAN. Cómo! vos sois el comediante Cisneros?

CISNER. Por mar y tierra.

D. JUAN. Pues me alegro de encontraros.

CISNER. Me buscábais?

D. JUAN. Si, pardiez.

CISNER. Pues me hallais de muy negro humor.

D. JUAN. Que tengais el humor blanco, como que lo tengais negro, me dá otro tanto: venid acá, y escuchad con licencia de ese viejo. (*Se lo lleva á un lado de la escena.*) Por maravilla, me envia desde Flandes únicamente para buscaros á vos, Agustin Cisneros, comediante de profesion, el primer grande de Castilla, el señor don Fernando de Toledo, el gran duque de Alba, gobernador de los Paises Bajos. Ved si esto os honra. Y no os honra menos el que quien de órden del Duque os busca, y por su mandato os habla, se llama don Juan de Cardona.

CISNER. Cierto que es extraño... Su Excelencia os manda á la córte solo para hablar conmigo?

D. JUAN. Ciertamente; y en prueba de ello, leed esta carta, que Su Excelencia me ha dado para vos. (*Dándole un pliego.*)

CISNER. Noto que esta carta está abierta.

D. JUAN. Nunca ha estado cerrada, como podreis verlo; pero leed.

CISNER. (*Leyendo.*) «Solo te salva de morir ahorcado el »obedecer ciegamente á quien te diere á leer es»te escrito.—El duque de Alba.—Al comediante »Agustin Cisneros.»

D. JUAN. Lo entendísteis?

CISNER. Lo entendí!... Qué quiere de mí el Duque?

D. JUAN. El Duque sabe que el Príncipe de Asturias, que S. A. D. Cárlos de Austria, os concede con escándalo de España, una amistad, que ni por lo que sois, ni por lo que obrais, mereceis: sabe que, hechizado S. A. sin duda por vos, os levanta hasta su altura, y que vos pensais, no solo por vos, sino tambien por S. A. Que de aventura en aventura, prevaliéndoos de la dolencia mental del Príncipe, llevais á S. A. al borde de un abismo; y en fin, que para hablar á S. A. en secreto, que es muy urgente, no hay nadie que pueda mediar mejor que vos. Con que así, y como creo que me obedecereis, por lo que os conviene, os ruego me procureis una audiencia á solas, y fuera de palacio, con el Príncipe, á nombre del duque de Alba.

CISNER. Y si el Príncipe no quisiera?

D. JUAN. Dadle á leer esta carta, Cisneros, y os prometo que S. A. vendrá.
CISNER. Y cuándo ha de venir?
D. JUAN. Si es posible, cuánto antes. Con que ireis?
CISNER. Iré... no ha de quedar por mí, os lo juro.
D. JUAN. Cuento con vos, Cisneros.
CISNER. Contais bien, señor don Juan de Cardona. Que os guarde Dios.
GUTIER. Qué es eso? qué os sucede?... Estais pálido...
CISNER. Si, eh?
GUTIER. Turbado...
CISNER. Todo puede ser; y trémulo y semi-muerto. Hasta más ver.
GUTIER. Pero os vais?
CISNER. Pluguiera á Dios que me fuese. Hasta despues. *(Sale por el foro.)*

ESCENA VIII.

DON JUAN.— GUTIERREZ.

D. JUAN. Teneis cara de hombre honrado.
GUTIER. Caballero, honrado fué mi abuelo, honrado mi padre, y no encuentro razon alguna para no serlo yo.
D. JUAN. Perdonad, si os importuno; pero me interesa saber...
GUTIER. Qué?
D. JUAN. Conoceis á quien hace poco ha cantado en ese aposento?
GUTIER. Que si la conozco? Pues ya lo creo!
D. JUAN. Yo tambien creo haberla conocido. Es una noble dama, á quien yo he tratado en Valladolid; hace un año que no tengo noticias de ella, y me importa mucho encontrarla.
GUTIER. Lo siento por lo que os importe, señor. La que ha cantado no es dama, sino comedianta.
D. JUAN. Muy bien puede ser las dos cosas: fué dama por su alcurnia, y sigue siendo dama...
GUTIER. De comedias... Justo.
D. JUAN. Todo es dama.
GUTIER. Ya lo creo.

D. JUAN. Os suplico que me perdoneis por mis primeras palabras. Aun estais enojado?
GUTIER. No por cierto.
D. JUAN. Dadme una prueba.
GUTIER. Pedidmela.
D. JUAN. Es hermosa esa señora?
GUTIER. Como un ángel.
D. JUAN. Y es... altiva?
GUTIER. Como los cielos.
D. JUAN. Y además... Perdonad... Es honrada?
GUTIER. Y pura como el sol.
D. JUAN. Gracias, amigo mio, me habeis consolado.
GUTIER. Me alegro mucho.
D. JUAN. Pero aun me podeis consolar más.
GUTIER. Cómo?
D. JUAN. Quiero verla.
GUTIER. Me habeis pedido mucho... yo no soy hombre que sirva para...
D. JUAN. Y quién lo piensa? Ya os he dicho...
GUTIER. Que soy honrado, y porque lo soy...
D. JUAN. No supongais...
GUTIER. Supongo que perdeis el tiempo conmigo... Por lo mismo, señor caballero, que os guarde Dios.
D. JUAN. No ha de ser... estais hablando con don Juan de Cardona... vengo de estirpe esclarecida, y como noble, reverencio las canas. Os habeis equivocado. Al pediros que me procureis ver á esa dama, no he pensado en nada deshonroso para vos.
GUTIER. Y habeis hecho bien. Qué quereis?
D. JUAN. Decidme su nombre.
GUTIER. No lo sé.
D. JUAN. Que no lo sabeis?
GUTIER. Se llama Mari-Paz; pero ese nombre es supuesto.
D. JUAN. Pero no conoceis íntimamente á esa señora?
GUTIER. Y tanto!... Cómo qne la sirvo de padre y ella me respeta como hija.
D. JUAN. Cuánto tiempo hace que la conoceis?
GUTIER. Hace un año. Mi encuentro con ella es una historia, que puede pasar por cuento. Tan noble os habeis mostrado conmigo, que quiero deciros lo que sé de esa dama.

D. JUAN. Ah! Dios os lo pague.

GUTIER. Oid. Hace un año estaba yo en Valladolid, de autor, como ahora, de una compañía de cómicos. Una mañana entró en mi aposento una dama tapada, gentil en la apostura, y al parecer hermosa. Parecia que iba dominada por el pesar de una horrible desgracia. A vos vengo—me dijo apenas entró—huyendo de mis desdichas, tan necesitada de amparo, y tan infeliz, que si me dais ayuda, podeis estar seguro de que Dios os ha de premiar. — Y descubriéndose el semblante, que ví anegado en llanto, quedé asombrado de su hermosura, que era y lo es maravillosa. Díjome que se veia obligada á huir en secreto de Valladolid; que era, aunque principal, pobre, y que queria ganarse su sustento representando; pero con condicion de no trabajar, ni en Madrid, ni en Valladolid Pedíla que me dijese si sabia algunos versos, y á seguida, serenándose y secando su llanto, me dijo no sé qué relacion de comedia: pero no he podido olvidarme de su representar: me pareció un portento. Apresuréme á llevármela conmigo; saqué la compañía de Valladolid, y hemos andado por las ciudades de Andalucía y de Castilla durante todo este año. Su fama ha volado de tal modo, que Cisneros, que sea lo que quiera como hombre, como comediante es un prodigio, me escribió que era necesario que Mari-Paz viniese á trabajar á Madrid.

D. JUAN. Y por eso habeis venido?

GUTIER. Mirad lo que me escriben, la dije apenas leí la carta. Oyó el contenido, y cuando yo esperaba que se negase, me contestó: Hemos acabado de trabajar en Córdoba; cada uno de los de la compañía se ha ido por su lado; estamos libres; podemos, pues, ir á Madrid. Los tiempos están malos. He podido ahorrar muy poco: me faltan trescientos ducados para completar mi dote.

D. JUAN. Su dote!

GUTIER. Sí señor; su dote, caballero; su dote, para entrar monja.

D. JUAN. Monja!

GUTIER. Con el mismo asombro que vos, escuché por primera vez su extraña determinacion; procuré disuadirla, pero no pude. Hace quince dias que hemos venido; quince dias en que solo ha salido un momento de noche para ir á la cercana iglesia de San Isidro, para lo cual solo tiene que atravesar la calle.

D. JUAN. Y no os ha dicho más?

GUTIER. No: calla y callo.

D. JUAN. Puede haber tales misterios en la historia de una mujer!

GUTIER. Yo no he pretendido averiguar los de Mari-Paz.

D. JUAN. Y no recelais?

GUTIER. Nada recelo.

D. JUAN. Púdola suceder alguna desgracia...

GUTIER. Honrada y noble la he visto siempre, y la juzgo cual la veo.

D. JUAN. Sin embargo...

GUTIER. Hacedme la merced de que dejemos esta conversacion, señor; porque al dudar de esa dama, os lo aseguro, me ofendeis.

D. JUAN. Pues es necesario que yo la vea.

GUTIER. Vedla mañana en el corral de la Pacheca.

D. JUAN. Esta noche.

GUTIER. Imposible!

D. JUAN. Os negais?

GUTIER. Y bien!... sí... me niego.

D. JUAN. Entraré.

GUTIER. Ved lo que haceis.

D. JUAN. Me amenazais, vive Dios!

GUTIER. Os advierto...

D. JUAN. Buen viejo, apartad,

ESCENA IX.

Dichos.—DOÑA ESTRELLA *por la puerta izquierda.*

D. JUAN. (*Al verla, avanzando hácia ella.*) Ah!

ESTREL. Callad: no pronuncieis mi nombre; le he perdido. (*A Gutierrez.*) Mi buen amigo, hacedme el favor de esperar allí fuera, y de avisarme si alguien viene. (*Váse Gutierrez.*)

ESCENA X.

DOÑA ESTRELLA.—DON JUAN.

D. JUAN. Por qué recibirme así, Estrella?

ESTREL. En mi aposento solo ha entrado un hombre una sola vez en una ocasion horrible; despues, donde yo he estado, solo ha entrado un anciano.

D. JUAN. Pero ese misterio... tu cambio de nombre... de condicion...

ESTREL. Escucha, y acabemos pronto... debemos abreviar nuestra entrevista que, en la situacion en que nos ha colocado la suerte, es muy dolorosa. Oyéme, don Juan, y no me interrumpas.

D. JUAN. Oh! sí, habla!

ESTREL. Hace un año que me dijiste: soy noble, pero pobre: he cursado en las aulas, pero he pedido una vara de alcalde y no me la han concedido: me queda mi espada. Me voy á Flandes. Yo te dije: vé. Y partiste.—La noche en que nos despedimos por la reja, mi corazon estaba oprimido, y no era solo porque te ibas, no: era porque... mi corazon me presagiaba lo que me iba á acontecer.

D. JUAN. Y qué te aconteció?

ESTREL. Escucha: era ya tarde: apenas me habia recogido á mi aposento, cuando... estaba sola... de repente se abrió la puerta y entró un hombre.

D. JUAN. Un hombre!

ESTREL. Un hombre muy rico, muy alto, muy poderoso. Un hombre, que sin que tú lo supieras, me solicitaba hacia mucho tiempo; un hombre, que sin que tú tampoco lo supieras, sufria mi desprecio, á pesar de su grandeza.

D. JUAN. Y qué hombre era ese?

ESTREL. Déjame continuar. No sé quién abrió la puerta á aquel hombre, pero debió ser la vieja criada que nos servía... no lo sé; no he tenido tiempo de averiguarlo. Solo sé que al verle di un grito... un grito horrible... aquel hombre insistió... pedí socorro... acudió mi hermano... Al

ver al hombre que estaba en mi aposento, se aterró... pero nada hay tan grande ni tan alto, ni tan noble para un hidalgo como su honor... Mi hermano mandó salir al soberbio magnate, y mi pobre hermano... Oh, Dios mio!... cayó muerto, asesinado villanamente.

D. JUAN. Pero ese hombre! ese hombre!

ESTREL. Huyó, asustado de su crímen.

D. JUAN. Pero es su nombre el que yo te pregunto.

ESTREL. Déjame concluir. Yo me arrojé sobre mi pobre Anselmo. Aun vivia: — «Sé honrada y fiel —me dijo— muere como yo antes de manchar el nombre de nuestros padres,» —y el desdichado espiró. (*Baja la cabeza doblegada por el dolor.*)

D. JUAN. Y tú? qué fué de tí?

ESTREL. Pasé toda la noche velando al ensangrentado cadáver de Anselmo, y sola, porque la infame sirviente habia huido: pasé la noche llorando y rezando, y por la mañana... ¿qué iba á ser de mí? Me encontraba sola en el mundo... acechada por el asesino de Anselmo.

D. JUAN. Pero la justicia...

ESTREL. El infame es demasiado poderoso: la vara de la justicia se hubiera roto al tocarle.

D. JUAN. Pero no se romperá la espada de un caballero.

ESTREL. Oh, no! jamás! qué horror!

D. JUAN. Por quién es ese horror, Estrella?... ¿acaso por él?... ¿acaso...

ESTREL. Cómo he de decirte que tú eres mi solo amor?

D. JUAN. Pero es que no te comprendo... es que temo comprender...

ESTREL. Déjame concluir. A pesar de mi dolor, medité que era urgente el tomar una medida decisiva. Tú sabes que viviamos de lo que Anselmo ganaba en Chancillería como letrado... pero nada teníamos... ni parientes que me protegiesen. Yo habia representado algunos autos sacramentales en el convento de Santa Clara, y me habian elogiado... Pensé en hacerme cómica... pero fuera de Valladolid, fuera de la córte, donde podria encontrar al mónstruo que habia causado mi eterna desgracia. Decidida ya por el último re-

curso que me quedaba, resuelta á no trabajar más que el tiempo necesario para reunir mi dote para ser esposa de Dios, me encomendé á la Vírgen patrona de mi familia, á aquella santa imágen de la Vírgen de los Desamparados, que habia heredado de mi madre: corté despues un rizo de los cabellos de mi hermano, le besé por la última vez, me cubrí con mi manto, y salí de la casa donde habia nacido, dejando allí ensangrentado lo último que me habia quedado de mi familia.

D. JUAN. Oh! Sigue, sigue.

ESTREL. Era temprano: cerré la puerta y me encaminé á una posada... á aquella misma posada donde pocas noches ántes de partir tú, vimos juntos con mi pobre hermano una comedia. Pregunté por el que hacia cabeza de los cómicos, y me llevaron á Gutierrez. Ese noble anciano, en quien he encontrado un padre; él te ha dicho lo demás. Yo... habia oido hablar aquí fuera, y habia reconocido con una dolorosa alegría tu voz... quise verte, y miré por la cerradura: quise oirte, y te escuché con toda mi alma... y sin embargo, no hubiera salido si no hubieras dudado de mi honra... Piérdate yo pues que Dios lo quiere... pero no quiero perder tu estimacion, tu amor... tu dulce recuerdo á lo menos... Yo te juro...

D. JUAN. Estrella!... Estrella! tú me engañas!

ESTREL. Que te engaño!... que te engaño yo!

D. JUAN. Dame una prueba de que me amas.

ESTREL. Y no basta que yo te lo asegure?

D. JUAN. Y qué amor es ese que me abandona?

ESTREL. Un amor que no quiere matarte.

D. JUAN. Estrella!

ESTREL. Mi amor, logrado por tí... si tú fueras mi esposo ...moririas como mi hermano... ó acaso de una manera infame.... ¡no, Dios mio, no!

D. JUAN. Y todo por ese hombre!

ESTREL. Sí.

D. JUAN. Pero, qué hombre es ese contra el cual se estrellan el honor, el amor, el valor?

ESTREL. No puedo decirte su nombre.

D. JUAN. Le amas, y temes!
ESTREL. Que le amo!
D. JUAN. Sí.
ESTREL. Adios, don Juan, adios! si para que me creas he de matarte, vive, y muera yo sola! yo, des honrada á tus ojos! yo, perdida á tu amor!
D. JUAN. Escucha: yo buscaré á ese hombre... le buscare si es poderoso, donde nadie nos vea, y allí, espada contra espada...
ESTREL. Dios mio!
D. JUAN. Dí que no le tienes amor!
ESTREL. Ah! Por la Vírgen de los Desamparados, don Juan, mátame, pero no me digas esas crueles palabras,
D. JUAN. El nombre de ese hombre!
GUTIER. (*Asomando á la puerta.*) El Príncipe don Cárlos!
ESTREL. Ah!
GUTIER. Viene con Cisneros.

ESCENA XI.

Dichos.—GUTIERREZ.—EL PRÍNCIPE.—CISNEROS.

ESTREL. (*Mirando fascinada al Príncipe.*) El! el asesino!
D. JUAN. El Príncipe de Asturias! El era aquel hombre!
PRÍNCIP. Ah! estás aquí, paloma!
GUTIER. Venid, hija mia, venid. (*Váse con Estrella.*)
PRÍNCIP. Sí, sí; huye cuanto quieras, estrella errante; yo te juro que no te volverás á escapar. (*Habla en secreto con Cisneros.*)
D. JUAN. Era el Príncipe de Asturias! y yo... yo que no podia adivinar... y la he ofendido... y no puedo matar á ese hombre! Dios mio!

ESCENA XII.

EL PRÍNCIPE.—D. JUAN.—CISNEROS.

PRÍNCIP. Eres tú el que envia el duque de Alba?
D. JUAN. Yo soy, señor, humilde servidor de vuestra alteza.
PRÍNCIP. Eh! eh! te conocia el Duque... y te ha dado una

carta para mí. Eh! eh! y qué piensas hacer tú?

D. JUAN. Señor, el Duque me ha dicho, que si V. A. jura por su fé de Príncipe y de cristiano, desistir de ciertas cosas que V. A. sabe, entregue á V. A. un pliego cerrado y sellado que traigo conmigo.

PRÍNCIP. Y nada más?

D. JUAN. Y que si V. A. no jura, entregue ese pliego al Rey.

PRÍNCIP. Al Rey, eh! al Rey!... Y sabes tú lo que ese pliego contiene?

D. JUAN. No señor.

PRÍNCIP. Ah! no lo sabes!... dámelo.

D. JUAN. Perdonad, señor, no puedo.

PRÍNCIP. Te lo mando yo!

D. JUAN. Está de por medio el Rey...

PRÍNCIP. Ah! el Rey!... sí, es verdad... el Rey... Y es necesario jurar?

D. JUAN. Sí señor.

PRÍNCIP. Pero una posada no es el lugar digno de un Príncipe para un asunto tal.

D. JUAN. Créolo así, señor... además, aquí no hay altar, ni evangelios.

PRÍNCIP. Ah! se necesita todo eso!

D. JUAN. Así me lo ha ordenado el Duque.

PRÍNCIP. Ah! el duque de Alba... ordena... Ya! el duque de Alba es un pequeño Rey... sí, por mi vida! y un pequeño Rey, es ya más que un Príncipe! Obedeceremos al duque de Alba... esperaremos á ser Rey para que los Duques y los Príncipes nos obedezcan. Oh! oh! sí, cuando seamos Rey... Oye, Cisneros, díle á ese donde podremos jurar. (*Se llega á la puerta izquierda y llama.*)

CISNER. (Tenemos que hablar, capitan.)

D. JUAN. Cuanto querais.

PRÍNCIP. Ya saldrás de aquí, paloma... ya saldrás; eso sí que lo juro. (*Retirándose de la puerta.*)

CISNER. Esta misma noche á las doce, id por el camino de Segovia; á las dos leguas encontrareis el pueblo de las Rozas: á dos tiros de arcabuz del pueblo, hallareis una senda; seguidla, y á poco encontrareis un hombre: ese hombre os guiará á una hermita donde estará dispuesto todo lo

necesario, y donde el Príncipe podrá jurar.
D. JUAN. Iré.
CISNER. Pues adios.
D. JUAN. Adios.
PRÍNCIP. Vamos, Agustin... Tengo que decirte...
CISNER. Vamos, señor. (*Salen por el fondo.*)

ESCENA XIII.

D. JUAN.—*Despues* EL REY.

D. JUAN. Paréceme que se trata de hacer conmigo una infamia: indudablemente arrostro un peligro: este pliego... sin duda quieren robármelo... pero... si el Príncipe es capaz de cometer un homicidio por tener este pliego, será capaz de un perjurio... pero ah! me olvidaba de que el Príncipe es feroz, de que por amor á Estrella mató á su hermano; que me ha sorprendido con ella aquí... y que acaso en el furor de sus celos... Pues bien... no importa... iré... un soldado que tantas veces ha ido al encuentro de la muerte, no debe vacilar en ir á encontrarla una vez más... Quiero sin embargo, despedirme de Estrella. (*Se dirije á la puerta izquierda.*)

ESCENA XIV.

D. JUAN.—EL REY *que sale por la derecha.*

REY. Esperad, capitan Cardona.
D. JUAN. Qué me quereis?
REY. Ah! ¡Soberbio y mal criado!
D. JUAN. Qué decís!
REY. Que se echa en vos de menos la cortesía.
D. JUAN. Vos sois el descortés, que al hablarme no os descubrís.
REY. Ay si me descubro!
D. JUAN. Dejémonos de espantos. Si quereis que os hable de otro modo, descubríos; y si no dejadme en paz.

REY. Dadme ese pliego que para el Príncipe os ha dado don Fernando de Toledo.

D. JUAN. Vos estais loco; idos.

REY. Dadme el pliego. (*Adelantándose con energía hácia D. Juan.*)

D. JUAN. Tomadle en la punta de mi espada. (*Desenvainando.*)

REY. La espada al suelo! de rodillas! (*Se descubre.*)

D. JUAN. El Rey! (*Dejando caer la espada y arrodillándose.*)

REY. El pliego del duque de Alba!

D. JUAN. No puedo dároslo, señor; lo he jurado por mi fé de hidalgo y de cristiano.

REY. Que no puedes obedecerme, don Juan de Cardona!

D. JUAN. Yo soy soldado: en nombre de Vuestra Magestad me ha mandado el duque de Alba que á nadie sino al Príncipe de Astúrias, y mediante un juramento, entregue este pliego: si Su Alteza no jura... entonces tengo órden de dar el pliego á Vuestra Magestad.

REY. Pues bien; el Rey te mandó eso sin saberlo, ahora el Rey te manda que desobedezcas al duque de Alba y me entregues ese pliego.

D. JUAN. Ah! Tomad, señor.

REY. Levántate, y cuando te hablare no me des Magestad al responderme; trátame como á un hidalgo liso y llano. (*Vá á la luz, abre el pliego y lo lee.*)

D. JUAN. Ah! ¡ya sabia yo que traia conmigo en ese pliego desdichas! Pero, señor, ¿quién ha traido aquí al Rey?

REY. (*Despues de haber puesto un nuevo sobre al pliego con el recado de escribir que habrá sobre la mesa.*) Escribid en ese sobre lo que os diga. (*D. Juan llega á la mesa, toma la pluma, y espera la palabra del Rey.*) «A Su Alteza el Príncipe de Asturias, su criado el duque de Alba.»— Guarda ese pliego, capitan: vé á encontrar á Su Alteza donde Cisneros te ha indicado, y si Su Alteza jura al tenor de lo que el duque de Alba te ha dicho, entrégale el pliego.

D. JUAN. Muy bien, señor.

REY. Vete. (*D. Juan saluda profundamente y se dirige al foro.*) Espera, espera. (*D. Juan vuelve.*) Creo que conoces (*Señalando al cuarto de la izquierda.*) á doña Estrella?

D. JUAN. Si señor, poderoso señor; la conozco, la amo, y pido á vuestra... (*Movimiento del Rey.*) os pido licencia para casarme con ella.

REY. Yo te la doy.

D. JUAN. Ah, señor!

REY. Pero que de tu motu propio no la vuelvas á ver: esta misma noche te presentarás á mí en mi casa, y me darás cuenta de lo que haya acontecido, y seguidamente te volverás á Flandes. Vete. (*Váse D. Juan por el fondo. El Rey vá á la puerta de la derecha y mira por el ojo de la cerradura.*) Es ella! Es ella! la viva imágen de su madre! Sebastian no se ha engañado!

ESCENA XV.

EL REY.—SANTOYO, *que ha aparecido un poco ántes en la puerta de la derecha.*

SANT. No lo creyera en él... (*Contemplando profundamente al Rey.*) él, que tiene el alma tan fria!

REY. Escucha, Sebastian: (*Retirándose de la puerta y viniendo á Santoyo.*) don Juan de Cardona irá á la hermita de las Rozas... estoy seguro de ello: es noble... es valiente... él cumplirá su deber aun á costa de su vida: que Salcedo, Munguia y algunos de los otros... que saben andar sin ruido y matar sin luz... vayan delante, y quiten del camino estorbos, eh!

SANT. Muy bien, señor.

REY. Que Santisteban, contigo y con cuarenta tudescos de los buenos, vaya á la hermita... Tú sabes hacer de modo que los más ciegos por servir á uno cambien en un momento y cieguen por servirme á mí. Al entrar en la hermita, Sebastian... vete á hablar con el santero... Pero antes envíame á Perez, al bravo Perez con cien ginetes españoles, y que estén y que esperen...

Perez en la calle de la Colegiata con los tudescos... y los ginetes... los ginetes pueden esperar á la derecha del puente de Segovia... oyes? y al momento, al momento.

SANN. Pero se queda Vuestra Magestad?

REY. Sí. Vete y vuelve...

SANT. No necesita Vuestra Magestad?...

REY. Santoyo!

SANT. Perdonad, señor, si me atrevo...

REY. Vete, vete tranquilo: don Felipe se queda guardando al Rey. (*Santoyo sale por el fondo. El Rey vuelve á mirar por la cerradura de la puerta de la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion pobre : puertas laterales : un balcon cerrado al fondo.—Una mesa á la izquierda con un velon.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ESTRELLA.

Es extraño que tarde tanto; y cada momento que pasa sin que vuelva me aterra. He encontrado al Príncipe; lo que es peor, el Príncipe me ha encontrado á mí : me ha visto junto á mi don Juan. Oh, don Juan mio! si mi amor le matará!... Daría por verle toda la sangre de mis venas. He enviado al buen Gutierrez á buscarle : acaso no le haya encontrado: acaso no tarde. (*Llaman á la puerta de la derecha.*) Dios mio ! Ah ! Por fin!.. no es él !

ESCENA II.

DOÑA ESTRELLA.—DIEGUEZ.

ESTREL. Qué quereis ?

DIEG. Señora, perdonad ; yo siento mucho incomodaros ; pero no puedo pasar por otro punto, creedme : hay ocasiones en que uno tiene que decir... si señor... y para escapar de un peligro dar en otro... pero vuesa merced, señora, es muy buena... y me perdonará, y me escuchará, y no pensará mal de mi....

ESTREL. Pero qué sucede?

DIEG. No he olvidado, señora, que un dia me dijis-

teis ; no me volvais á traer cartas ni recados... y yo... muchas veces uno... como que está al tope de todo el mundo... y luego... como vuesa merced es tan hermosa...

ESTREL. Pero acabad, por Dios, que me estais dando tormento.

DIEG. Yo habia resuelto no traeros más mensajes... pero esta noche...

ESTREL. Sepamos al fin...

DIEG. Un caballero...

ESTREL. Idos noramala de aquí!

DIEG. Es que no puedo irme; es un caballero muy principal.

ESTREL. Idos, os digo, ó por la vírgen María...

ESCENA III.

Dichos.—EL REY, *por la puerta de la derecha.*

REY. Os ruego, señora, que me perdoneis.

ESTREL. Quién sois?

REY. Quien conoció á vuestros padres, quien no ha podido olvidarlos.

DIEG. Efectivamente, este caballero me ha dicho que era amigo de vuestro padre.

ESTREL. Pasad, señor, ya que en nombre de mi padre venís: pasad; y vos idos. (*Dieguez sale por la derecha.*)

ESCENA IV.

DOÑA ESTRELLA.—EL REY.

REY. Estais sola, señora?

ESTREL. Completamente sola, pero perdonad; me extraña que me hagais esa pregunta, tanto más, cuanto que me la haceis encubierto. (*El Rey se descubre, y se quita el antifaz; pero sin quitarse el sombrero.*)

REY. Me conoceis?

ESTREL. No señor, no os conozco; esta es la primera vez que os veo.

REY. Pues hace mucho tiempo que yo os he visto: más há de veinte años.

ESTREL. Veinte! os equivocais, caballero; yo solo tengo diez y ocho.

REY. Pero vuestra madre...

ESTREL. Ah!...

REY. Sois la viva imágen de vuestra madre.

FSTREL. Conocísteis á mi madre?

REY. (*Con acento sombrio.*) Si.

ESTREL. Y cómo sabeis que yo soy su hija?... Yo al cambiar de fortuna y de posicion he cambiado de nombre.

REY. Pero no habeis cambiado de semblante.

ESTREL. Y dónde me habeis visto, señor?

REY. En ninguna parte. Os ha visto uno de mis antiguos criados; uno que ya lo era cuando yo era amigo de vuestra familia. Esta noche ese criado os vió, os encontró á la puerta de este meson, y por la semejanza maravillosa que teneis con vuestra madre, os reconoció. Preguntó en el meson vuestro nombre y le dijeron que os llamais Mari-Paz: maravillóle esto: no podia creer que vos fuéseis hija de quien en efecto lo sois; ni siéndolo, podia atinar cómo habeis venido á parar en comedianta.

ESTREL. Quedéme pobre y sola en el mundo, señor; no tenia ni aun el dote para entrar en un convento...

REY. Segun me han dicho, amábais á un hombre, á un caballero.

ESTREL. Quién os ha dicho eso, señor?

REY. Yo lo sé todo: sé que ese caballero se llama don Juan de Cardona. ¿Acaso él no os ama?

ESTREL. Oh! si señor; pero yo no puedo ser suya.

REY. Qué, ¿os habreis hecho indigna de guardar en depósito la honra de un caballero?

ESTREL. Señor! ¡qué motivo he dado para que me ultrajeis de ese modo?

REY. Sentaos, sentaos, doña Estrella, y meditad que os habla un hombre que tiene para preguntaros grandes derechos... por el conocimiento que tuvo con vuestros padres.

ESTREL. Mi padre no me hubiera hecho esa pregunta.

REY. Y qué hubiera pensado vuestro padre al saber que amábais á ese buen caballero que os ama, y sin embargo, preferís á casaros con él, entrar desesperada en un convento, dejándole á él desesperado?

ESTREL. A mi padre hubiera revelado mi secreto; á vos... perdonadme, pero yo no os conozco, y mi secreto es...

REY. Terrible, inmenso!

ESTREL. Cómo! ¿sabeis mi secreto?

REY. Yo lo sé todo.

ESTREL. No, no puede ser; yo no lo he dicho á nadie.

REY. Puede haberlo dicho el Príncipe de Asturias!

ESTREL. Ah!

REY. Ya veis que no he mentido al deciros que conozco vuestro secreto. Yo no miento nunca.

ESTREL. Pues bien; ahora comprendereis, señor, por qué no quiero casarme con don Juan: no quiero que mi amor le mate, como mató á...

REY. Cómo mató á vuestro hermano! ¿no es verdad?

ESTREL. ¿Sabeis que si yo me casase con don Juan, el Príncipe lo mataria?

REY. Eh! puede ser que no.... puede ser... ¡bah! puede ser lo que yo quiero que sea.

ESTREL. Pero quién sois, señor?

REY. Un hombre... que está obligado á protegeros.

ESTREL. Pero vuestro nombre!

REY. Y qué os importa mi nombre?

ESTREL. Ah, señor! decídmelo... decídmelo para que yo lo bendiga.

REY. Nada he hecho por vos.

ESTREL. Oh! sí... os habeis interesado... os interesais por mí... debeis ser poderoso en la córte...

REY. (*Con recelo.*) Quién os lo ha dicho?

ESTREL. Vuestra frente, que impone respeto... vuestros ojos, que imponen miedo... vuestro acento, que parece un eco de justicia. ¿Podeis ver al Rey?

REY. Le veo... todos los dias.

ESTREL. El Rey os escuchará?

REY. Pues ya lo creo!

ESTREL. Pues bien: decid á Su Magestad...

REY. Que os case con don Juan?

ESTREL. Oh! no señor: mientras el Príncipe viva, ni aun

amparada por Su Magestad... me atreveria á casarme.

REY. Ah! conque creeis que el Rey!...

ESTREL. Creo que el Rey.,. el Rey, señor, el Rey debe evitar que el Príncipe cometa un segundo crímen...

REY. El desdichado Príncipe está loco... y su locura le matará tal vez.

ESTREL. Dios no lo quiera!

REY. Cómo! ¡y él mató á vuestro hermano!

ESTREL. Júzguele Dios, señor. El Rey estaba en Valladolid cuando mi pobre hermano fué asesinado... las pruebas del crímen quedaban allí... pude pedir al Rey justicia... y el Rey me la hubiera hecho... pero yo soy hija de un caballero.

REY. Ah ! demasiado caballero.

ESTREL. Leal !

REY. Demasiado leal!

ESTREL. No es verdad que mi padre era muy honrado?... yo no le conocí... murió en la guerra sirviendo al Rey; cuando yo era casi recien-nacida... mi madre murió tambien... ántes que mi padre... Yo no los conocí... pero nuestros buenos amigos, los amigos de nuestra familia me decian: vuestros padres, doña Estrella, han sido muy desgraciados... pero el Rey sabe que no tenia vasallo más leal que vuestro padre.

REY. Ah!

ESTREL. Y yo, señor... yo que soy su hija; ¿cómo quereis que hubiera dicho á Su Magestad sin desgarrarle el corazon: ese que ha nacido de vuestra esposa, ese Príncipe, vuestra esperanza, vuestro orgullo, el que ha de ser padre de vuestros nietos, la rama única de vuestro tronco, ese, señor, es un infame, un miserable... es... un asesino?

REY. Oh !

ESTREL. Còmo siendo leal, herir el corazon de Su Magestad de tal manera? no, no! nuestra sangre es de nuestros Reyes; á Dios representan en la tierra; Dios tiene en su mano sus corazones... Dios, Rey de Reyes, los condenará ó los salvará...

REY. Ah ! la sangre que corre por vuestras venas!...

ESTREL. Es altiva y noble, y porque es valiente y tiene fuerzas para sufrir, espera... y confia en Dios.

REY. Ah, hija mia !

ESTREL. Protegedme, pues, señor; protegedme, ya que el Rey puede oiros, ya que el Rey puede acceder á vuestras súplicas. Pero no digais al Rey lo que sabeis. No destroceis su corazon de padre; que ignore siempre que el Príncipe es un infame.

REY. Y cómo quereis que el Rey os proteja ?

ESTREL. Oid : el Príncipe sabe que yo amo á don Juan: nos ha sorprendido esta noche... Si no favoreceis á Cardona, el Príncipe le mata.

REY. Por San Lorenzo! no le matará !

ESTREL. Que el Rey le mande volver al momento á Flandes.

REY. Ah ! quereis separaros de él!

ESTREL. Quiero que viva.

REY. Le amais?

ESTREL. Con toda mi alma.

REY. Y renunciais á él?

ESTREL. Dios lo quiere.

REY. Bien, bien... el capitan... el capitan partirá esta misma noche, lejos, muy lejos de la corte... pero y vos?... qué deseais vos?

ESTREL. Que vos me ampareis.

REY. No me separaré de vos un momento... y esta noche... vos tambien partireis de Madrid... para un convento lejano...

ESTREL. (*Suena dentro un golpe semejante al que produce la caida de un mueble.*) Ah, señor!... Ah! qué es eso ?

REY. Eso es... que he dejado fuera un criado de confianza... un criado que me avisa de que se acerca alguien.

ESTREL. Será el buen Gutierrez.

REY. Quién sabe! no teneis un lugar en dónde yo me oculte?... Esta noche estoy cazando, señora, ayudadme á cazar, porque mi caza os proteje.

ESTREL. (*Llevándole á la puerta izquierda.*) Pues bien, ocultaos aquí.

REY. Pronto, que suenan pasos.

ESTREL. (*Levanta el tapiz y entra el Rey.*) Venid. Quién será este hombre!... Dios mio! Quién será el que viene!

ESCENA V.

DOÑA ESTRELLA.—CISNEROS.

ESTREL. Qué buscais aquí? no os he dicho ya cuanto tenia que deciros?

CISNER. Sí, sí, señora; y por cierto que salí difunto de vuestro cuarto! pero no se trata ahora sino de que el Principe sabe que estais aqui.

ESTREL. Y bien?

CISNER. El Príncipe está empeñado por vos de una manera furiosa. El Príncipe me envia; el Principe quiere hablaros.

ESTREL. Nada tengo que oiros.

CISNER. Yo puedo salvaros.

ESTREL. No quiero la salvacion que me ofreceis.

CISNER. No quereis ser mi esposa?

ESTREL. Yo..! yo esposa vuestra!... yo esposa del comediante Cisneros!.. ¡Poder de Dios! ¡y qué crimen he cometido yo para arrostrar tanta infamia!... yo esposa vuestra!... idos... y no me injurieis más... no me hagais sufriros más... Decid al Principe...

CISNER. Sí, le diré, doña Estrella... no es este vuestro nombre?... le diré... doña Estrella ama más de lo que creeis al capitan de Flandes... matadle... doña Estrella os desprecia... humilladla. ¡Oh! Yo haré que llegue un dia en que os ampareis de mi desesperada... porque yo os amo, señora; yo os amo como nunca he amado... yo no sabia que tenia corazon hasta que os he visto... y sereis mia... lo sereis, os lo juro... sereis mia, ó lo perderé por vos todo, todo... hasta la vida!

ESTREL. Idos!

CISNER. Ah! pero no ois... no ois?... es el Principe que se acerca.

ESTREL. ¡No! ¡idos!

CISNER. Vedle ahí.

ESCENA VI.

Dichos.—El Principe.

Princ. *(A Cisneros que sale.)* Vete!—Oh, oh! nada se pierde; hay pájaros que huyen en vano de la serpiente; vuelan, vuelan, pero sin saber cómo, vienen á dar otra vez en el peligro. Yo te amo, Estrella! (*Estrella permanece en silencio vuelta de espaldas al Príncipe.*) Ah! sí! la valiente muger!... Vedla ahí, que me provoca!.. pobre muger!... frágil vidrio que yo quebraré cuando quiera!... Insensata, que desprecia mis amores por los de un aventurero!... Que no quiere ser reina! (*Doña Estrella insiste en su silencio.*) Ah! es verdad... hasta ahora solo te he hablado de amor... te he ofrecido lo que sin duda no basta á tu altivez... Tú, tú eres de aquellas que prefiren un marido cualquiera á los amores de un hombre poderoso... de aquellas que temen al mundo... bah!... Y quién es el mundo? un chiquillo mal criado, un hablador, que todo ha de murmurarlo, que todo ha de morderlo... El mundo! no conozco cosa más despreciable... Bah! yo no hago caso del mundo y por eso, ya que no quieres ser mi amante... sé mi esposa, Estrella. Siento por tí... yo no sé lo que siento... pero mira... maté á tu hermano porque se puso entre nosotros... y mataría... á mi padre, si entre los dos se pusiera. Yo no sé... no sé por qué no puedo olvidar un momento tu hermosura... por qué este contínuo recuerdo me enloquece... y me desespera, y me irrita... y me hace mirar sin horror todo lo que sea necesario hacer para que seas mia... y escucha... mi amor es puro... yo quiero tu alma... no tu cuerpo... yo te adoro... Y yo, yo que no he suplicado á nadie, te suplico á tí. Me arrastro á tus pies. (*El Principe se arroja á los pies de Estrella y le ase una mano. Estrella le rechaza, corre al balcon y le abre.*)

ESTREL. Si no os vais, gritaré; gritaré, y los que pasen por la calle me escucharán: gritaré, y los que viven en la posada acudirán: gritaré, gritaré como grita aquel á quien el horror espanta, y os hallarán aquí. Si no acudiese nadie, que sí acudirán... si dais un paso hácia mí... me arrojo por el balcon. Idos.

PRINC. No gritáras, porque me iré; no acudirá nadie, porque no gritarás: ¡te defiendes de mí, amenazándome con un escándalo!... bien: dentro de poco vendrá quien te arrancará de aquí, sin que nadie se atreva á oponerse, y te llevará á un lugar, donde no temeré tus gritos, porque nadie acudirá. Te he ofrecido una corona y la desprecias... tarde, muy tarde me pedirás compasion. Adios. (*Váse.*)

ESCENA VII.

DOÑA ESTRELLA.—*Poco despues por el balcon* D. JUAN.

ESTREL. Oh! Dios mio! Dios!—Señor! (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda, trás la cual se encuentra el Rey: ántes de que el Rey pueda aparecer, D. Juan entra en la escena por el balcon que Doña Estrella ha dejado abierto.*)

D. JUAN. Estrella! Estrella mia!

ESTREL. Oh! qué buscas? qué quieres?

D. JUAN. Escucha: no hay un momento que perder. He estado en acecho, y cuando he visto ese balcon abierto, por la reja que hay debajo he subido. Tú hablabas con un hombre.

ESTREL. Sí, con el Príncipe.

D. JUAN. El miserable se ha atrevido á entrar aquí!

ESTREL. Oh! Dios mio! pero vete, don Juan, vete si me amas!

D. JUAN. No, no: tú te vendrás conmigo.

ESTREL. Yo?

D. JUAN. No confias en mi honor?

ESTREL. Sí.

D. JUAN. No quieres ser mi esposa?

ESTREL. No. Yo... espero al Príncipe... va á venir, vete por Dios, don Juan.

D. JUAN. Sí, me voy. Pero contigo se queda todo lo que he amado, todo lo que he soñado, todo lo que he esperado... mi deseo, mi amor, mi gloria... Sí, me voy... pero á buscar la muerte... la muerte que tú me das. Adios.

ESTREL. No... no... oye: don Juan, don Juan mio...

D. JUAN. Qué dices!

ESTREL. Que yo te amo... que soy tuya!

D. JUAN. Ah! Sí..., sí... eso es... mi corazon no te creia, no podia ser. Mi alma me decia.. miente, miente cuando dice que no me ama.

ESTREL. Oye: confias en mi amor, en mi valor, en mi honra?

D. JUAN. Sí.

ESTREL. Pues vete... vete y espera... nada temas... hay aquí quien me proteje...

D. JUAN. Un hombre alto, pálido y grave, vestido de negro?

ESTREL. Sí.

D. JUAN. Conoces á ese hombre?

ESTREL. No.

D. JUAN. Oh! pues si ese hombre nos proteje... entonces me voy descuidado. Adios.

ESTREL. Pero le conoces tú?

D. JUAN. Sí.

ESTREL. Su nombre?

D. JUAN. Si él no te lo dice, yo no te lo diré.

ESTREL. Pero qué misterio?

D. JUAN. Adios, Estrella, adios... y hasta muy pronto... me lo dice el corazon.

ESTREL. Oye... escucha... don Juan...

D. JUAN. Dios mio!... no puedo bajar, hay gentes en la calle.

ESTREL. Gentes!

D. JUAN. Si acaso Dios me ha traido para defenderte.

ESCENA VIII.

Dichos.—GUTIERREZ.

GUTIER. Abrid, abrid! (*Dentro llamando á la puerta, doña Estrella abre.—Gutierrez entra.*) La inquisicion!
D. JUAN. La inquisicion!
GUTIER. Sí... la inquisicion, hija de mi alma: estás acusada de heregía.
ESTREL. Acusada de heregía yo!
D. JUAN. Esta es una infame traicion del Príncipe!
GUTIER. Es tal vez una delacion falsa; Dios mio!
ESTREL. Pero qué hacer?
D. JUAN. Qué hacer?... buscar al Rey, arrojarse á sus plantas...
GUTIER. Pero entretanto... ved: llaman á la puerta. (*Golpes en la puerta de la posada y una voz que dice*: En nombre de Dios abrid al santo Oficio.)
ESTREL. El santo Oficio! ¡acusada de herege... y ese caballero!.. (*Se dirige á la puerta izquierda.*)

ESCENA IX.

Dichos.—UN FAMILIAR *y cuatro alguaciles del santo Oficio.*

FAMIL. Sois doña Estrella de Cárdenas?
ESTREL. Sí, si señor; no puedo negarlo.
FAMIL. Sois tambien la comedianta á quien se conoce bajo el nombre de Mari-Paz?
ESTREL. No puedo negarlo tampoco.
FAMIL. De órden de la general Inquisicion, seguidme, señora.
ESTREL. Acato las órdenes del santo Oficio, y confiada en su justicia y en mi inocencia, os sigo.
D. JUAN. No!
ESTREL. Qué vais á hacer, amigo mio!
D. JUAN. Ah! decís bien... estoy loco.
ESTREL. Adios! (*Sale con el familiar y los alguaciles.*)

ESCENA X.

DON JUAN.—GUTIERREZ.—CISNEROS.

CISNER. Señores: no comprendeis que aquí se comete una infamia?

GUTIER. Pero quién, quién se atreve?...

D. JUAN. Quién ha de ser sino él... él...

CISNER. Sí, él... Vos lo habeis adivinado... el Príncipe de Asturias.

GUTIER. El Príncipe!

CISNER. Sí, el Príncipe de Asturias: pero hablemos bajo, mis amigos, hablemos bajo. Oid: vosotros y yo podemos salvar á doña Estrella.

D. JUAN. Salvarla!

GUTIER. Cómo?

CISNER. Vos, Gutierrez, ireis á palacio.

GUTIER. Iré.

CISNER. Direis...

GUTIER. Ya sé lo que tengo que decir: que necesito ver al Rey... que se interesan en ello su autoridad, su honor... sí, sí; veré al Rey.

CISNER. Tomad: en este papel está escrito para que no lo olvideis: decid al Rey que su hijo... escrito vá en este papel... que el lugar donde su hijo hace llevar, valiéndose de la Inquisicion, á doña Estrella, es una antigua casa deshabitada, situada cerca de la hermita de Las Rozas. Que no hay que perder un momento, porque el Príncipe es capaz de todo. Y para ello... id al punto.

GUTIER. Oh! sí, sí!... pobre hija mia! (*Váse.*)

ESCENA XI.

DON JUAN.—CISNEROS.

CISNER. Pero como podrá suceder que el Rey llegue tarde, será necesario que vos veleis junto á doña Estrella.

D. JUAN. Y podeis vos!...

CISNER. Puedo poneros en sitio donde lo veais, donde lo oigais todo.

D. JUAN. Acepto vuestra ayuda.

CISNER. Pues vamos, amigo mio... por un atajo llegaremos ántes que lleguen ellos. Vamos.

D. JUAN. Permitidme un momento: no podeis procurarme un pistolete?

CISNER. Cómo!

D. JUAN. No traigo más que mi espada.

CISNER. Mi casa está cerca.

D. JUAN. Pues bien, os aguardo aquí.

CISNER. Aquí!

D. JUAN. Sí por cierto... no es prudente que nos vean salir juntos.

CISNER. Teneis razon... Esperadme: voy á traeros el arma que me habeis pedido... y vuelvo, vuelvo al instante.

ESCENA XII.

DON JUAN.—EL REY.

Don Juan se dirige á la puerta de la izquierda, donde aparece el Rey.

D. JUAN. Señor, señor, qué he de hacer?

REY. No te ha citado el Príncipe fuera de Madrid?

D. JUAN. Si señor.

REY. Irás.—No te ha dicho el Duque de Alba que entregues al Príncipe ese pliego que tienes contigo?

D. JUAN. Si jura.

REY. Pues si jura, se lo das...

D. JUAN. Pero, y doña Estrella?

REY. Doña Estrella... consuélate..! y temes por doña Estrella, cuando la protejo yo?

D. JUAN. Pero un momento que tardeis, señor... una audacia del Príncipe...

REY. Si eso sucede...

D. JUAN. Lo castigará Vuestra Magestad, pero no tendrá remedio.

REY. Habrá sucedido porque lo haya querido Dios. Vete, y aguarda á ese comediante fuera.

D. JUAN. Señor...

REY. Vete. (*D. Juan sale.*)

ESCENA XIII.

El Rey.

Será necesario cerrar los ojos... cerrar el corazon... dejar de ser padre para ser Rey; herir desde lo alto y de un solo golpe la cabeza del rebelde, del regicida, del malvado. Los Paises Bajos le ofrecen una corona y él la acepta... Oh! los Reyes no tienen hijos... no tienen padres... Un dia... el emperador (que santa gloria haya), se quitó la corona de sobre su cabeza... y la puso en la mia. Buscaba el reino de los cielos: se encerró en Yuste... pero tiempo adelante, el águila vieja quiso probar de nuevo su vuelo... quiso salir de su jáula y tendió las manos á la corona que me habia dado. Yo la tenia tan bien asida, que no pudo arrancármela, y Cárlos de Austria murió vasallo mio... mi hijo morirá tambien siendo mi vasallo. Pero esas gentes se han ido... sí, no se escucha nada. (*Aparece Santoyo en la puerta de la derecha.*) A Palacio. El Rey caza, y necesita acorralar la pieza: pongámonos sobre el rastro de mi montería.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion con muebles antiguos y descuidados.—Puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

El Rey.—El Familiar del Santo Oficio.—Santoyo *á la puerta del fondo.*

Rey. Contadme, contadme otra vez eso.

Famil. Esta noche, señor, el comediante Agustin Cisneros fué á mi casa y me dijo que Su Alteza el Príncipe de Asturias queria hablarme inmediatamente; salí y encontré á Su Alteza en una callejuela cercana.

Rey. Y os mandó prender á doña Estreña de Cárdenas?

Famil. Si señor.

Rey. Y por qué no la llevásteis como debiérais á la cárcel del santo Oficio?

Famil. Porque el Príncipe me mandó que la trajese aquí.

Rey. (*Santigüandose.*) Dicen que esta casa es un negro palacio de brujas!

Famil. Eso dicen, señor, porque la ven siempre cerrada; pero la verdad es, que esta casa está pendiente de un litigio; que hace muchos años que dura el pleito; que nadie tiene la posesion, y que está cerrada por la justicia.

Rey. Lo que se vé claro es que de la soledad de esta casa se valen gentes poco temerosas de Dios y del Rey para sus malos hechos. Y por qué habeis traido aquí á esa dama?

FAMIL. Para evitar que Su Alteza, si me negaba á servirle, se valiese de otra persona; pero lo que me justifica es que inmediatamente he dado parte á Vuestra Magestad.

REY. Y lo sabe alguien más?

FAMIL. Se trataba de Su Alteza; y lo que concierne á Su Alteza solo debe saberlo Vuestra Magestad.

REY. Bien, muy bien; retírate, y cuando sobrevenga gente, haz la señal que te he mandado.

FAMIL. Muy bien, señor. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA II.

EL REY—SANTOYO.

REY. Acércate, Sebastian. Está bien cerrada la casa?

SANT. Si señor.

REY. De modo que nadie vea á los que la cercan?

SANT. Están tendidos contra la tierra, y la noche es muy oscura.

REY. No podrá salir nadie sin que le detengan?

SANT. No señor.

REY. Ha quedado franco el camino para el capitan Cardona?

SANT. Si señor.

REY. Le esperaban?

SANT. Si señor. En la encrucijada de Las Rozas habia cuatro hombres.

REY. Resistieron!

SANT. Fueron sorprendidos.

REY. Los has dejado allí?

SANT. Si señor, pero advertidos de que están cercados, de que no pueden escapar, de que si no cumplen exactamente lo que se les ha mandado, amanecerán colgados de los árboles.

REY. Y qué les has mandado?

SANT. Que cuando lleguen y les pregunten si ha venido el Capitan, respondan que no.

REY. Bien, muy bien. Dónde está doña Estrella?

SANT. Encerrada en un aposento, á donde se vá por aquella puerta. (*Señalando la puerta de la izquierda.*)

REY. Es decir, que todo está preparado?

SANT. Si señor; y me parece...

REY. Qué?

SANT. Me parece que oigo el silbido de una culebra...

REY. Ah! pues esa es la señal. Pongámonos de nuevo en acecho, Sebastian; quiero sorprender á mi hijo de modo que no pueda negarme nada. Allí... aquella puerta... (*Señalando la de la derecha.*)

SANT. Está cerrada, señor!

REY. Ah! pues entonces... por aquí... (*Salen por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

Suena una llave en la cerradura de la puerta de la derecha, se abre y entran por ella D. JUAN Y CISNEROS.

CISNER. Ved si soy vuestro amigo á pesar de todo; me habeis tratado mal, y os pago bien; amais á una noble dama que sin mí os arrebatarian, traeis de Flandes una comision que os hubiera causado la muerte si yo no os hubiera acompañado: ved, pues, cómo puede engañar la fama: dicen de mí que soy un pícaro, y vos teneis la prueba de que soy un hombre honrado.

D. JUAN. Gracias, muchas gracias, amigo mio. En la situacion en que me encuentro, vos sois un ángel que Dios me ha enviado para consolarme, para alentarme; no dudeis de que cuanto soy, cuanto valgo, mi bolsa, mi espada y mi vida son vuestras.

CISNER. A lo mismo y con la misma lealtad me ofrezco; pero dejémonos de cortesias y de agradecimientos, y aprovechemos el tiempo. Doña Estrella está ya aquí; el Príncipe no tardará en venir; las intenciones de don Cárlos son horribles, porque don Cárlos está loco y es un malvado. Yo no puedo defender á doña Estrella; defendedla vos... Para ello os vais á poner en un sitio desde donde podais ver y oir, y acudir á tiempo en su socorro. Venid, venid, que no hay un momento que perder. Pero me olvidaba: ¿traeis

con vos el pliego que debeis entregar al Príncipe?

D. JUAN. Sí.

CISNER. Oh! ese pliego!... si por mí no fuera, las gentes del Príncipe hubieran arrancado ese pliego de vuestro cadáver ensangrentado.

D. JUAN. Oh! contad con mi eterna amistad, amigo mio.

CISNER. Dejemos eso para luego y entrad. (*Señalando la puerta de la izquierda.*)

D. JUAN. Dejad abierto.

CISNER. Encajado quedará únicamente: si no ¿cómo pudierais salir cuando fuese necesario?... y escuchad; si os veis obligado á arrastrar de espadas, apretad los puños y aguzad la vista, porque el Príncipe es muy diestro.

D. JUAN. Oh! no quiera Dios que para defender á doña Estrella me vea obligado á ofender al Rey.

CISNER. Dios no lo quiera... pero adios.

D. JUAN. Adios. (*Entra don Juan.*)

ESCENA IV.

CISNEROS.

Lo que hago es endiabladamente peligroso: el Rey sabe, no tengo duda de ello, Gutierrez le habrá avisado; el Rey sabe que el Príncipe vá á cometer ó quiere cometer una infamia: si no ha venido el Rey, vendrá: es cabalmente lo que yo quiero: desesperado por esa mujer, expongo mi vida... pero ella será del Príncipe... Ah! Ah! hay allí otro loco que se lo impedirá... otro loco que desnudará contra el Príncipe su espada... que acaso le matará... Estoy viendo en lo que va á parar esto, y por lo mismo, ántes de que estalle la tempestad me pondré á salvo... huiré... y desde lejos sabré lo que ha sucedido... El capitan... de seguro... ¡bah! está demasiado enamorado para no atreverse á todo... el capitan... cometerá un delito de alta traicion... el Rey le mandará degollar, encerrará al Príncipe en palacio y á doña Estrella en un convento. Por lo

pronto me veo libre de dos rivales, el uno poderoso, el otro amado, los dos terribles... Despues... si puedo arrancar á doña Estrella del convento... esperanzas locas!... pero al menos... no será de nadie si no es mia... de nadie... y esto ya es una felicidad para un celoso. Pero siento pasos... ¡el Príncipe!...

ESCENA V.

Cisneros.—El Príncipe *por el fondo.*

Prínc. Hace mucho tiempo que has venido?

Cisner. Sí señor; ya hace más de media hora.

Prínc. Y qué has hecho entretanto?

Cisner. Pensar.

Prínc. Qué pensarás tú que bueno sea!

Cisner. Por muy mal que piense, señor...

Prínc. Nunca pensarás tan mal como yo... no es esto?... acaba, acaba de una vez... Ya sabes que puedes decírmelo todo... que eres mi amigo, mi favorito... que cuando yo sea Rey... pronto... tú serás el primer grande de mi reino... me has servido bien, me sirves bien. Agustin... tienes ambicion.

Cisner. Ambicion!

Prínc. La ambicion es una virtud... ella causa los grandes hechos... Crées tú qué no será un grande hecho el que yo á los veinte y dos años rompa la mano de hierro que me sujeta y tienda las álas, y suba hasta el sol?

Cisner. Sí, si... es cierto... vos... cómo podeis vos estar sujeto al dominio de?...

Prínc. Al sombrío dominio de mi padre... siempre taciturno, siempre terrible, siempre receloso, siempre amenazando... Escucha, Cisneros... tengo miedo. Muchas veces, en medio de un sueño horrible, en que veo mujeres hermosas y vasallos humildes mirándome con ojos de fuego, arrastrándose á los pies de mi trono, retorciéndose entre mis brazos, acariciándome, embriagándome, me parece que, como en una far-

sa, mi trono se cambia en un patíbulo; que los ojos de mi padre se fijan en mí, sangrientos y horribles como los de Satanás; que á los pies del patíbulo hay una multitud aterrada que me mira anhelante, estremecida, en silencio; y de repente me parece sentir en mi garganta las manos del verdugo que la oprimen, la oprimen, y me retuerzo como una sabandija, y quiero gritar y no puedo, y los sangrientos ojos de mi padre parece que aumentan, fijos en los mios. que se van poniendo más rojos, más rojos... hasta que una niebla de sangre me ciega, hasta que no pudiendo sufrir aquellas horribles manos que me ahogan, despierto enronquecido, aterrado, cubierto de sudor frio... y las colgaduras rojas de mi lecho me parece que se mueven, que ocultan á mi padre que me acecha y que murmura roncamente: ¡regicida!... y tengo miedo, Cisneros, tengo miedo... y es necesario que yo duerma tranquilo... es necesario que una corona defienda mi cabeza... mi cabeza, que tiene dentro un infierno; y que algunas veces... se me escapa... se me escapa!...

CISNER. Ah señor! recobraos! estais pálido! calenturiento!

PRÍNC. Siempre ese sueño... siempre ese sueño cruel! y luego esta séd del corazon... esta sed inextinguible, ansiosa, ardiente, mortal... esta séd cuya copa es una mujer... Desde el momento en que la ví no he podido olvidarla... y está allí... no es verdad? está allí: aqui, aunque grite... Dios mio!... ella no puede amarme... no... la espanto; la estremezco... la parezco horrible... hay entre los dos un lago de sangre que hierve... que murmura, que borbota, que grita continuamente: asesino! asesino!... la sangre de don Anselmo, la sangre de su hermano!

CISNER. A qué esos recuerdos, señor?

PRÍNC. Yo he nacido maldito... Por qué me has maldecido tú... tú, el Dios justo, el Dios bueno, el Dios santo? Qué he hecho para que así me persigas, divinidad irritada? No, no es mia esta sed que me devora, no es mia esta ánsia de otra vida

más ardiente... más ancha... más fácil... más grande... no, no es mia esta ánsia rabiosa... yo la encuentro dentro de mí... creada no sé por quien... yo agonizo, yo ardo... yo me revuelvo sobre abrojos... yo quemo mi planta sobre arenas abrasadas, donde no brotan flores, ni yerva, ni pasa una sola gota de agua... yo pido para mi frente calenturienta un fresco soplo de viento, y viene á abrasarla más un viento de fuego... y quiero respirar, y me ahogo... y quiero vivir y agonizo.

CISNER. Señor! señor!

PRÍNC. Tengo miedo! ese capitan!... ese capitan que ha venido de Flandes! el amante de esa mujer!... qué ha sido de ese capitan, Agustin?

CISNER. Cuando yo pasé, aun no habia pasado, señor.

PRÍNC. Y si no pasa!... si tiene miedo! si entrega al Rey!... sabes tú lo que trae el capitan? lo sabes? no? pues escucha! trae en ese pliego del duque de Alba mi cabeza! trae mis cartas al Conde de Egmond, en que acepto la soberanía de los Paises Bajos. He sido un insensato: he debido dar de puñaladas allí al capitan; arrancarle el pliego... y huir, huir á Flandes y ser Rey... Tengo miedo, Agustin!

CISNER. Pues aun es tiempo, señor; huyamos: yo haré que podais atravesar la España sin que nadie os conozca.

PRÍNC. Y ella!

CISNER. Miserable de mí!

PRINC. Ya estamos aquí... quiero verla... un momento más, qué importa!... huiremos con ella... dónde está?... Vé por ella, Agustin, vé.

CISNER. Y en tales momentos os exponeis á perderlo todo por una mujer?

PRINC. Es que ella para mí vale toda mi ambicion, todos mis proyectos; no te he dicho que me ha vuelto loco?

CISNER. (Oh! afortunadamente otro loco está á dos pasos de tí.)

PRÍNC. Pero no lo oyes?... no oyes que quiero verla?...

CISNER. Voy, voy al momento, señor. (*Se dirige á la puerta derecha, abre y entra.*)

ESCENA VI.

EL PRÍNCIPE.

Ella aquí...en mi poder... que grite en buen hora... nadie ha de oir sus gritos... Que llore... sus lágrimas... las beberé... Oh! oh! mi cabeza arde más que otras veces; todo dá vueltas en derredor mio... y mi aliento silba... silba ronco, como el aire que sale á través del fuego de un horno. Ah! esta vida es horrible... es peor que la muerte... Ah! Ella! ella al fin.

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE.—DOÑA ESTRELLA.—CISNEROS, *que sale inmediatamente por el fondo.*

PRÍNC. (*A Cisneros que sale.*) Vete! (*A doña Estrella despues de algunos segundos de silencio.*) Grita, nadie te oirá: busca, mira en torno tuyo; nadie acudirá: aquí, en medio del silencio, de la soledad, no verás á nadie más que á mí. ¿Dónde está tu amante? ¿tu generoso y noble amante? (*Vá á la puerta del fondo y la cierra corriendo un cerrojo.*) Hoy no hay nadie que te defienda... nadie.

ESTREL. Dios!

PRÍNC. Oyeme, Estrella; estoy loco, y voy á procurar hablarte... con juicio; estoy fuera de mí, y voy á procurar contenerme; escúchame. Yo te amo... te lo he dicho mil veces, y siempre me ha contestado tu desprecio frio... ese desprecio que me irrita... me enfurece, y me transforma en fiera, otra mujer, ¡otra mujer al sentirse amada por mí, enloquecería de orgullo! porque yo no quiero que seas mi manceba... no... yo te amo más... quiero que seas mi vida... quiero que seas para mí el ángel de blancas álas que vele mi sueño, que cuando despierte me sonria, que refresque

con su aliento el fuego que abrasa mis entrañas... mi pensamiento sueña no sé qué terribles grandezas... Yo he nacido Rey... y soy vasallo... yo he nacido para dominar, y soy dominado; mi padre no es mi padre... es mi Rey... no es la mano fuerte que me guia. es el dedo inflexible que me dice: obedece vasallo. Yo no he tenido madre... Oye: un dia... para ajustar una paz... cuando aun era yo niño, contrataron mi casamiento con una princesa como yo... fué, sí, fué... por el tratado de Chateau Cambresis. Oye: un dia... cuando yo era hombre, mi padre me llamó... estaba en un rincon de su cámara... un rincon oscuro... y el dia estaba nublado: mi padre estaba allí replegado en un sillon, sombrío como el dia, frio como el aire que zumbaba en las galerías, inmóvil como una estátua de mármol vestida de negro... Me acerqué temblando y me arrodillé... no habia nadie... estábamos solos... pero él era el Rey, yo era el Príncipe... él el señor, yo el vasallo... no éramos el padre y el hijo, no... éramos el Rey y el Príncipe... dos enemigos... sí, dos enemigos.

ESTREL. Oh! Callad!

PRÍNC. El Rey me asió una mano y me dijo con voz apenas perceptible, pero aun amenazadora:—Príncipe don Cárlos! hace mucho tiempo que llevais sobre vos, y con nuestro consentimiento, el retrato de una princesa. Y al mismo tiempo me abria el justillo y buscaba con la mano trémula... sobre mi corazon, el retrato de Isabel de Valois.—Yo os mandé que amáseis á esta muger, continuó, asiendo el retrato y rompiendo la cadena de que pendia: esta muger estaba destinada á ser vuestra esposa.—Y la amo, señor, le dije... la amo... mi corazon ha obedecido á Vuestra Magestad... yo adoro su hermosura.—El Rey me oprimió, hasta hacerme daño, la mano que me asia, y me dijo con voz sepulcral, terrible:—No la ameis... convenia que fuese vuestra esposa... conviene ahora que sea vuestra madre.—Y me arrojó de sí... Luego... otro dia... me mandaron que me arrodillase en plena

4

corte delante de la Reina; de la nueva Reina; y la besase la mano... la Reina era Isabel de Valois! la muger á quien yo amaba... que acaso tambien me amaba á mí... y el Rey me miraba frio y receloso... Oh! no! el Rey no es mi padre! es mi tirano! el Rey me desgarró el corazon... y yo aborrezco al Rey!

ESTREL. Oh! Dios mio!

PRÍNC. Desde entonces... desesperado... desdichado... mi cabeza empezó á soñar, á vagar en ideas horribles. Entonces te ví, ví en ti mi última esperanza de felicidad.

ESTREL. Yo no podia amaros... yo no debia amaros... vos... no debisteis...

PRÍNC. El deber!... hablad de deber á quien ha visto contrariados, hollados, reducidos á polvo sus derechos! pedid razon á una cabeza magullada por la desgracia! pedid á un sediento que no se abalance á la fuente cristalina que encuentra á su paso! No me hables de deberes, Estrella... no me acuses de nada, porque la culpa de lo que hago no es mia... no resistas... no me provoques... porque será peor... No te he dicho que hay momentos en que soy un loco furioso? (*Se acerca á Estrella, en ademan de asirla la mano.*)

ESTREL. (*Huyendo.*) Apartad! Oh! Apartad! No me toqueis! me dais horror!

ESCENA VIII.

Dichos.—D. JUAN *por la puerta de la derecha.*

D JUAN. (*Descubriéndose.*) Suplico á Vuestra Alteza, señor, que mire lo que hace. (*Doña Estrella se ampara de don Juan.*)

PRÍNC. Ah! eres tú! tú! el amante de esa mujer!... eres tú! tú! el enviado de don Fernando de Toledo! ah! piensas que el príncipe don Cárlos temblará delante de tí?... tiembla... sí... pero de cólera... de rodillas!... de rodillas!

D. JUAN. Y de rodillas, señor, os ruego que veais lo que haceis; que no deshonreis vuestro nombre.

PRÍNC. Véte!

D. JUAN. Señor!

PRÍNC. Véte!... pero me olvidaba... no tienes contigo el pliego que para mi te ha dado el duque de Alba?

D JUAN. Si señor!

PRÍNC. Dámelo!

D. JUAN. (*Se pone de pié.*) No puedo!

PRÍNC. (*Desnudando fuera de sí la espada.*) Dámelo! Dáme el pliego!

D. JUAN. (*Cubriéndose y desnudando la espada.*) Por el Rey y en nombre del Rey, defiendo este pliego contra Vuestra Alteza.

PRÍNC. La espada contra mí! ah! pues bien, el Príncipe es hombre!

ESTREL. (*Lanzándose entre los dos.*) Deteneos.

ESCENA IX.

Dichos.—EL REY.—*Despues* SANTOYO.

REY. (*Golpeando la puerta del fondo.*) Príncipe don Cárlos! Príncipe don Cárlos! Abrid al Rey! (*El Príncipe levanta la cabeza, deja caer la espada y luego se cubre el rostro con las manos.*) Príncipe don Cárlos, abrid! (*El Príncipe adelanta vacilante como un ébrio hácia la puerta y abre.*)

REY. (*Adelantándose sombrío y terrible.*) Contra quién teneis desnuda la espada, capitan?

D. JUAN. Contra una persona que queria arrebatarme lo que en nombre de Vuestra Magestad me han mandado defender.

REY. Envainad vuestra espada, dadme el pliego y salid. (*Don Juan envaina la espada, dá el pliego al Rey y sale.*) Santoyo, lleva esta dama fuera y vuelve. (*Doña Estrella sigue á Santoyo por el fondo.*)

ESCENA X.

El Rey.—El Príncipe.

Rey. (*Señalándola.*) De quién es esta espada?

Prínc. Mia, señor!

Rey. La espada es un arma demasiado noble para que no se caiga de la mano de los traidores y de los cobardes.

Prínc. Señor!

Rey. Recoged vuestra espada, Príncipe... recogedla... pero no; la recogeré yo... yo debo recogerla; yo, que debo arrepentirme de haber puesto en vuestras manos esta espada, que era del noble y valiente Emperador vuestro abuelo. (*El Rey coge la espada, la besa la cruz, y luego la empuña y la blande.*) Hé aquí... he aqui, que tú que has brillado victoriosa en las manos de mi padre, has llegado á ser deshonrada por mi hijo. Es acaso esta espada la que asesinó á don Anselmo, al hermano de Doña Estrella?

Prínc. (*Cayendo de rodillas.*) Padre!

Rey. Sí, sí; asi es como debeis estar... asi es como estareis. En cuanto á esta espada, no la volvereis á ceñir... yo la daré á otro Príncipe... porque Dios me dará otro hijo... yo confio en ello... yo la daré á otro heredero mio... para que la restituya su honra.

Prínc. Señor, Señor! Pues qué pensais hacer conmigo?

Rey. Cobarde! *(Arroja al Príncipe, que se ha asido de sus manos y que queda doblegado sobre sí mismo. Se adelanta hácia la mesa y deja en ella la espada.)* Son vuestras estas cartas? Son vuestras? *(Asiéndole de la mano y llevándole junto á la luz. El Príncipe mira temblando las cartas que el Rey le presenta una tras otra.)*

Prínc. Si señor!

Rey. Tanta ansia teneis por reinar? Sabeis lo que es reinar? Reinar es estar en lucha abierta con los enemigos fuera, con los rebeldes dentro. Reinar es no dormir, no reposar, no vivir; reinar es tener en una mano la espada del combate y en la

otra la espada de la justicia. Reinar es arrojar sobre sí la existencia entera de un reino, es hacer la guerra para buscar la paz; es apagar la vida para proteger la vida. Reinar es representar á Dios, sin tener ni la sabiduria, ni la fuerza, ni el poder de Dios: reinar es llegar á las puertas de la muerte, á las puertas de la otra vida, donde el Rey ha de responder á Dios de cuanto ha hecho, atravesando un camino largo, siempre horrible, siempre tenebroso, cubierto de abrojos. Reinar es no tener hijos, ni esposa, ni amigos. Reinar es ser la roca que se alza en medio de los mares, siempre combatida por las olas, y frecuentemente herida por el rayo. ¡Y quereis reinar, mozo loco!... ¡y quereis reinar, llegando al trono sobre el cadáver de vuestro padre, maldecido por Dios!

PRÍNCIP. Ah señor, señor! yo no tengo padre.

REY. Que no teneis padre! habeis vos podido creer que un Rey no ama á sus hijos? Habeis vos visto lo que se oculta en mí para vos, bajo esta apariencia sombria que me han dado la experiencia y la desgracia?... Que os he robado vuestra esposa!

PRÍNCIP. Señor!

REY. Lo he oido todo... todo... Sabeis que mi matrimonio con Isabel de Valois era para mí irremediable? Sabeis que cuando os anuncié ese casamiento, mi corazon se extremecia, porque la razon de estado me obligaba á contrariar á un pobre hijo mio, enfermo y loco? *(Llorando.)*

PRÍNCIP. Llorais, señor!

REY. Aquí no nos vé nadie, nadie más que Dios, que lee en mi alma, y tú, que eres mi hijo.

PRÍNCIP. Ah, señor... señor! hablad... habladme así... yo no os conocia... yo no os conocia... yo estaba desesperado.

REY. No... no hablemos más de esto... hemos hablado demasiado. Toma esas cartas, Cárlos, y tómalas con las extremidades de los dedos, porque están empapadas en sangre.

PRÍNCIP. Señor!

REY. Los condes de Horn y de Egmond han sido dego-

llados. Y quieres reinar? Quema, quema esas cartas, Cárlos, y no hablemos más de esto. (*El Príncipe se acerca á la luz y las quema en silencio.*) Que tu ambicion insensata desaparezca como desaparecen las pabesas de esos papeles. Ven acá: conoces ahora á tu padre?

PRÍNC. Ah! Si señor... sois mi padre... mi Rey.

REY. (*Ase con ambas manos la cabeza de su hijo, y le besa en la frente. El Príncipe deja caer su cabeza sobre el hombro del Rey, y llora. El Rey le retira al fin y le dice con gravedad:*) Príncipe, volved á tomar la espada de vuestro abuelo. Habeis cometido con ella un delito por el que pediré para vos la absolucion al Papa. Olvidad á esa mujer... el ser hijo mio impide que sea legítimamente vuestra... amadla desde lejos; pero con otro amor más puro, más noble. (*Conteniendo al Príncipe que hace ademan de hablar.*) Ni una palabra más: ni una palabra... esto es demasiado horrible. Dios se deja ver en un relámpago... no provoquemos el rayo... El Rey no sabe que el Príncipe le ha sido traidor... la sangre y el fuego han devorado la traicion... El Rey no quiere matar á su hijo... que el hijo no obligue al Rey.

ESCENA XI.

Dichos.—SANTOYO, *que aparece en silencio en la puerta del fondo.*

REY. Y Cisneros?

SANT. En la presencia de Dios.

REY. Y el familiar?

SANT. Camino del Castillo de Pinto.

REY. En Pinto hay un convento de franciscanos: que en secreto y brevemente dispongan al familiar.

SANT. Muy bien, señor.

REY. Quién queda aquí?

SANT. Doña Estrella, don Juan y el comediante Gutierrez.

REY. Que vengan los tres. (*Sale Santoyo por el fondo.*)

ESCENA XII.

El Rey.—El Príncipe.

Rey. Vos, Príncipe, volveos á palacio.
Príncip. Ah! no olvideis que me habeis perdonado, señor.
Rey. No olvideis á cuánto mi perdon os obliga. Id. (*El Príncipe besa la mano al Rey y sale por el fondo.*)

ESCENA XIII.

El Rey.

Oh Señor! aparta de mí este horrible cáliz de sangre; y yo te levantaré un altar de oro en San Lorenzo del Escorial! ¡Ah! ¡ellos!

ESCENA XIV.

El Rey.—Doña Estrella.—D. Juan. —Gutierrez.— Santoyo.

Rey. Capitan Juan de Cardona, doña Estrella de Cárdenas, acercaos. Doña Estrella, el Rey os habla.
Estrel. Señor... (*Arrodillándose*).
Rey. Alzad!... el Rey os ha cumplido lo que os prometió... os ha protegido... hablad ahora ¡la verdad al Rey. ¿Amais á mi capitan don Juan de Cardona? (*Doña Estrella vacila y calla.*) Hablad.
Estrel. Le amo.
Rey. Quereis ser su esposa?
Estrel. Protegiéndome Vuestra Magestad... protegiéndole... sí.
Rey. Capitan, ¿no sois más que soldado?
D. Juan. Si señor: he cursado en Salamanca y soy licenciado en leyes.
Rey. Pues esta noche os casareis, y en seguida em-

prendereis el viage con vuestra esposa á Sevilla.

D. JUAN. A Sevilla!

REY. El Rey os destierra por vuestro atrevimiento en desnudar la espada contra el Príncipe don Cárlos.. pero al desterraros os hace su oidor en las Indias... Santoyo, en en el pueblo hay frailes .. cerca una hermita... cásalos.

ESTREL. Ah señor!

D. JUAN. Rey magnánimo!

REY. Y vos, vos, hija mia!... (*Profundamente conmovido.*)

ESTREL. Señor!...

REY. Idos... Idos... No más... idos... (*Todos se dirigen á la salida por el fondo, menos el Rey, que permanece en el proscenio. — Reponiéndose.*) Y ahora, Dios mio! Tú que ves mi corazon, mi amargura, tú solo sabes que soy un mártir, no un tirano!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice con las supresiones señaladas en las escenas 5.ª y 12 del acto 3.º

Madrid 3 de marzo de 1859.— El censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

NOTA. Están hechas las supresiones que se citan.



DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 30 — Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 88 á 90)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID